



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

# **EL PROCESO DE DIFERENCIACIÓN DEL SELF EN LA ADOLESCENCIA: EL PAPEL DE LA FIGURA PATERNA**

Autor: Ana Dolado Contreras

Director: Gonzalo Aza Blanc

Madrid

Mayo 2015

Ana  
Dolado  
Contreras

**EL PROCESO DE DIFERENCIACIÓN DEL SELF EN LA ADOLESCENCIA: EL PAPEL DE LA FIGURA PATERNA**



## RESUMEN

El proceso de diferenciación del self (Bowen, 1991) implica desvincularse progresivamente de la fusión inicial con la madre y moverse hacia la propia autonomía emocional. El objetivo de este trabajo fue estudiar la relación entre el grado de diferenciación alcanzado por el adolescente y el tipo de vínculo padre-hijo. Asimismo se evaluó si existían diferencias en el nivel de diferenciación adquirido en base a su sexo, edad o tipo de estructura familiar al que perteneciese. Participaron 139 sujetos, entre 13 y 17 años, contestando a dos instrumentos: el DSI-R (*Differentiation of Self Inventory – Revised*) y el PBI (*Parental Bonding Instrument*). Los resultados mostraron diferencias significativas entre dos tipos de vínculo: el óptimo (mayor diferenciación) y la constricción cariñosa (menor diferenciación). En relación a las variables sociodemográficas, los chicos estaban más diferenciados a nivel global que las chicas pero ni la edad ni el tipo de configuración familiar establecían diferencias significativas entre los sujetos. Los datos sugieren que el vínculo con el padre es más explicativo que con la madre en el proceso de diferenciación del hijo adolescente y que la sobreprotección es el factor que más restringe esta tarea. Se establece también que los procesos de socialización de género son distintos, educando para la conexión emocional y el cuidado en el caso de las mujeres y para la autonomía y la independencia en el de los hombres. Finalmente, no se rechaza que a lo largo de la adolescencia puedan producirse oscilaciones en el nivel de diferenciación y que, independientemente del carácter biparental o monoparental, lo importante es la calidad de la relación familiar.

**Palabras clave:** *adolescencia, diferenciación del self, vínculo padre-hijo, sobreprotección, género.*

## ABSTRACT

Self-differentiation process (Bowen, 1991) involves progressively severing from the initial fusion with the mother and moving toward an own emotional autonomy. This study analyzed the relationship between the adolescents' self-differentiation level in their families of origin and the type of bonding they had with their fathers. Likewise, we tested whether there were significant differences in the degree of self-differentiation developed by the adolescents based on their gender, age or the type of family structure they belonged to. 139 individual, aged 13-17, filled two different questionnaires: DSI-R (*Differentiation of Self Inventory – Revised*) and PBI (*Parental Bonding Instrument*). The results indicated significant differences between two different types of father-adolescent bonding: *optimal parenting* (higher self-differentiation) and *affectionate constraint* (lower self-differentiation). Regarding socio-demographic data, boys were more self-differentiated than girls globally speaking, but neither the age nor the family structure brought significant differences among the individuals. Data suggest that the father-adolescent bonding is more explanatory than the one with the mother in the children's self-differentiation process and that overprotection is the most restrictive factor for this developmental task. Additionally, we conclude that gender socialization processes are different, preparing women for emotional connection and care and men for autonomy and independence. Finally, we do not reject the fact that along the adolescence there might be changes in the level of self-differentiation and that, regardless of two or one parent-families, what matters is the quality of their members' relationships.

**Key words:** *adolescence, self-differentiation, father-child bonding, overprotection, gender.*

A medida que los hijos crecen, hay factores que promueven su bienestar psicológico y su adaptación y otros que, por el contrario, les exponen a mayores riesgos (Caprara & Rutter, 1995). Entre los factores de protección, Flouri y Buchanan (2003) destacan tener una autoestima alta, éxito académico y buenas notas y una buena relación con los padres y con los iguales. Por el contrario, según estas mismas autoras, las relaciones familiares conflictivas, la depresión de alguno de los padres, la ausencia de un progenitor y otras desventajas sociales y económicas son, entre otros, factores que se han asociado con problemas emocionales y conductuales. Asumiendo esta realidad, este trabajo quiere conocer específicamente en qué medida existe también una relación entre el vínculo que el padre establece con su hijo/a adolescente y el grado en que éste/a último/a logra diferenciarse de su familia (pudiendo alcanzar mayores niveles de bienestar y ajuste psicológico).

La implicación del padre en el desarrollo de sus hijos constituye un fenómeno que no ha recibido hasta ahora suficiente atención en la investigación en Psicología (Cabrera, Tamis-LeManda, Bradley, Hofferth, & Lamb, 2000). Estos autores sugieren que durante gran parte del siglo XX, la presencia constante de la madre como cuidador principal de los hijos promovió la creencia implícita de que las relaciones padre-hijo tenían un escaso impacto en su desarrollo. Durante muchos años, los estudios acerca del desarrollo y bienestar de niños y adolescentes se centraron en el papel de los factores maternos y se consideró a menudo que la figura del padre tenía una posición periférica en sus vidas, ejerciendo, por tanto, escasa influencia (Flouri & Buchanan, 2003).

Esta infravaloración del papel del padre en el desarrollo de sus hijos y su bienestar es especialmente desacertada teniendo en cuenta que hay varias razones por las que cabría esperar que el padre es particularmente significativo para determinados aspectos (Flouri & Buchanan, 2003). Apenas unos pocos estudios han proporcionado evidencia de ello (Cookston & Finlay, 2006), mostrando asociaciones consistentemente positivas entre la implicación paterna y los logros académicos, la relación con los iguales, el desarrollo cognitivo y la regulación emocional y conductual (Cabrera et al., 2000; Flouri & Buchanan, 2003).

A pesar de que la investigación acerca del papel del padre es mucho más escasa (en comparación con el rol materno), algunas de las conclusiones son sorprendentes. En primer lugar, en relación con los efectos directos de la implicación paterna, el compromiso de un padre con sus hijos ejercerá probablemente influencias en su desarrollo del mismo modo que lo hace el compromiso materno (Lamb, 1997) y la disponibilidad del padre podría de forma similar ofrecer al hijo un sentimiento de seguridad y apoyo emocional (Cabrera et al., 2000). En segundo lugar, la relación del padre con su hijo es distinta con respecto a la relación madre-hijo, pues las cualidades biológicas y sociales masculinas reforzadas del padre le predisponen a tratar

a sus hijos de manera diferente a como lo hace la madre. Por ejemplo, el padre es más propenso que la madre a animar a sus hijos a ser competitivos e independientes y a arriesgarse (Cabrera et al., 2000).

En 1994, Amato concluye que la cercanía al padre durante la infancia se relaciona positivamente con el éxito académico y profesional, con la adaptación psicológica y con el bienestar de los hijos. Investigación adicional concluye que el niño cuyo padre está implicado con él tiende a estar mejor adaptado psicológicamente, a tener un mayor rendimiento en el colegio, a presentar más relaciones íntimas satisfactorias y a involucrarse en menos comportamientos antisociales (Sandford et al., 1995; Gould, Shaffer, Fisher, & Garfinkel, 1997; Hwang & Lamb, 1997; Flouri & Buchanan, 2000,2002). La implicación paterna se asocia positivamente con el desarrollo intelectual de los hijos, su competencia social, su locus de control interno y su habilidad para empatizar (Yongman, Kindlon, & Earls, 1995; Fagan & Iglesias, 1999).

Estudiando la literatura más representativa sobre las influencias de la figura paterna en el desarrollo del niño, Quaglia y Vicente (2007) establecen que hay tres áreas del comportamiento infantil que resultan particularmente importantes. En primer lugar, el padre tendería a desarrollar una mayor autonomía e independencia en el hijo, facilitando el proceso de separación-individuación de la madre; asimismo, el padre impulsaría la diferenciación y la tipificación sexual en los hijos. Por último, el padre promovería la adquisición de los valores sociales y, por consiguiente, el desarrollo moral.

Concretamente, en el marco de la adolescencia de los hijos, López (2014) propone que éste es un periodo de transición, cambio, nuevas experiencias y retos para uno mismo y para la familia.

“Es el momento de comprender la importancia y el papel que cobra en la vida del adolescente el grupo de iguales, ya que es un sistema con reglas, pautas y valores propios. Por lo tanto habrá que resolver las demandas que van a surgir por parte del adolescente como son el cuestionamiento de la autoridad de los adultos, la necesidad de ejercer su propia autoridad, la toma de decisiones de forma independiente, etc. Es el momento de aceptar su autonomía, pero manejando adecuadamente sus límites (con posibilidad de negociarlos progresivamente), permitiendo que los adolescentes tengan su propio espacio para experimentar y equivocarse, y facilitando que puedan recurrir a sus padres si lo necesitan. El éxito en el paso por esta etapa de crisis requiere una gran flexibilidad en las transacciones emocionales, que permitan la progresiva independencia de los hijos” (López, 2014, p.73).

Sin duda, uno de los dilemas fundamentales a los que el individuo en desarrollo tiene que hacer frente en relación consigo mismo y con los otros significativos es el de la *individuación*, puesto que éste determinará en gran medida su funcionamiento relacional y psicológico (Jenkins, Buboltz, Schwartz, & Johnson, 2005). La adolescencia es un periodo transitorio durante el cual el individuo pasa de la infancia a la edad adulta; es entonces cuando el adolescente ha de renegociar la naturaleza de la relación con sus progenitores y ser capaz de actuar de forma independiente (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

Muchos autores han estudiado el proceso de individuación, aunque utilizan diferentes términos para referirse a él. Principalmente se ha abordado desde una perspectiva psicoanalítica (Jung, Mahler, Sullivan, Ausubel, Blos, etc.) y desde un enfoque sistémico (Bowen, Stierlin, Shapiro, Boszormenyi-Nagy, etc.). Ambos enfoques consideran que el proceso de individuación se desarrolla a lo largo de todo el ciclo vital si bien, la etapa adolescente parece ser clave en la progresiva consolidación de la identidad y constitución de una persona independiente (Nichols & Schwartz, 2004).

Históricamente, tampoco el papel del padre con respecto al proceso de individuación ha recibido suficiente atención y, por lo general, los estudios sobre esta cuestión no han tratado el papel de la figura paterna como un predictor del grado de separación-individuación alcanzado por los hijos (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

Desde la terapia familiar sistémica, el proceso de individuación se conoce como *proceso de diferenciación del sí mismo en la familia de origen* y describe el funcionamiento de los individuos en relación a sus familias. Los términos “definir el sí mismo” o “trabajar en la propia individuación” son sinónimos de “diferenciación” (Bowen, 1991) puesto que la diferenciación se asocia con el concepto psicodinámico *strength of ego* (“fuerza del yo”) (Nichols & Schwartz, 2004), aunque se diferencia en que también incluye aspectos concernientes a las relaciones interpersonales (Winek, 2010). El proceso de diferenciación requiere que la persona se vuelva un yo separado sin distanciarse del resto de miembros de la familia o cortar la relación con ellos (Bowen, 1978; Kerr & Bowen, 1988).

La Teoría de los Sistemas Familiares de Murray Bowen (1976, 1978) es ampliamente utilizada en el campo de la terapia familiar y de pareja (Skowron & Schmitt, 2003; Jenkins et al., 2005; Chung & Gale, 2006; Jankowski & Hooper, 2012). La diferenciación del sí mismo, el proceso de triangulación, la fusión y/o el conflicto intergeneracionales son principios fundamentales de su teoría, siendo el concepto de diferenciación el más central (Jenkins et al., 2005; Skowron et al., 2009). Esta teoría (Skowron & Friedlander, 1998) se basa en el supuesto de que la diferenciación es la variable de personalidad más importante para el desarrollo adulto y el logro del bienestar psicológico y, en este sentido, Bowen afirma que tanto la capacidad de

autonomía como la capacidad para vincularse emocionalmente son necesarias para el desarrollo y la adaptación óptima de la persona (Carter & McGoldrick, 1999; Kerr & Bowen, 1988; Alaedein, 2008).

Murray Bowen (1991) define el concepto de la *diferenciación del sí-mismo* (también llamado *diferenciación del self*) como “el grado en que una persona se va diferenciando emocionalmente de la madre. En un sentido amplio, el hijo/a se separa físicamente de la madre en el momento del nacimiento, pero el proceso de separación emocional es lento, complicado y por añadidura incompleto. Es el proceso a largo plazo en el que el hijo se desvincula lentamente de la fusión inicial con la madre y se mueve hacia su propia autonomía emocional” (Bowen, 1991, p. 70). Así, la diferenciación ha de ser considerada en su contexto evolutivo.

Los bebés nacen indefensos y fusionados con su cuidador primario, a menudo sus madres. Dependen de ella para saciar todas sus necesidades. Al mismo tiempo la madre, especialmente si es inexperta, tiene mucho que aprender en este sentido. Conforme avanza el tiempo, el niño y más tarde el adolescente han de desarrollar su propia identidad y personalidad (Nichols & Schwartz, 2004). Cualitativamente, la medida en que el sí se diferencia es fija y se alcanza sobre la base del grado de diferenciación de los padres y del clima emocional predominante en la familia de origen (Bowen, 1991). El modelo de Bowen sostiene que la familia bien diferenciada permitirá a los hijos alcanzar un mayor nivel de diferenciación del sí mismo, lo que en último término estará estrechamente relacionado con niveles más bajos de ansiedad y síntomas psicológicos (Skowron & Schmitt, 2003; Chung & Gale, 2006). La investigación empírica ha apoyado esta asociación entre el nivel de diferenciación de una persona y su grado de bienestar psicológico (Skowron, Stanley, & Shapiro, 2009).

Inicialmente, la diferenciación del sí mismo depende mucho de factores innatos de la madre y de su capacidad de permitirle al hijo crecer alejándose de ella. En el trasfondo existen muchos otros factores, incluyendo, entre otros, el grado en que la madre ha sido capaz de diferenciarse de sus propios padres o su capacidad de soportar el estrés y la tensión. (Bowen, 1991).

Según la Teoría de los Sistemas Familiares de Bowen (Bowen 1978; Kerr & Bowen, 1988), el funcionamiento maduro y óptimo en la primera edad adulta es el resultado de las propias relaciones familiares caracterizadas por la regulación emocional y el equilibrio entre autonomía -independencia y apoyo-vínculo. Este equilibrio hace referencia a la diferenciación del sí mismo y es la capacidad de un sistema familiar y de sus miembros de manejar la reactividad emocional, permanecer calmados en momentos de intensa emoción y, experimentar tanto intimidad como autonomía en las relaciones. De este modo, la diferenciación del sí-mismo

es un constructo multidimensional que consta de un nivel intrapsíquico y de un nivel interpersonal.

El nivel *intrapsíquico* hace referencia a la habilidad de un individuo de distinguir entre pensamientos y emociones, identificar aquellos actos que están guiados por procesos emocionales o, por el contrario, por procesos intelectuales y, elegir aquellos actos en función de lo que es más conveniente tanto para él como para las circunstancias en las que se encuentra. Las dimensiones intrapsíquicas de la diferenciación incluyen la *reactividad emocional* y la capacidad para tomar una *posición del yo* clara. Por su parte, el nivel *interpersonal* es la capacidad de mantener un equilibrio entre las dos fuerzas vitales de individualización y unión, inherentes a todo sistema familiar, alcanzando un yo autónomo e independiente que busque y logre sus propias metas, al mismo tiempo que mantiene la unión o el vínculo con los otros significativos, fundamentalmente con la propia familia de origen (Kerr & Bowen, 1988; Bowen, 1991; Skowron & Schmitt, 2003; Jenkins et al., 2005; Chung & Gale, 2006; Skowron et al., 2009; Jankowski & Hooper, 2012; Vargas, Ibañez, & Tamayo, 2013). Las dimensiones interpersonales de la diferenciación incluyen el *corte emocional* y la *fusión con los otros*.

Así, teóricamente, cuatro factores están relacionados con el nivel de diferenciación de una persona: la *reactividad emocional*, la habilidad para adoptar una *posición del yo*, el *corte emocional* y la *fusión con los otros* (Kerr & Bowen, 1988). En primer lugar, las personas poco diferenciadas tienden a ser más reactivas emocionalmente. Las personas cuyo nivel de diferenciación es alto, por el contrario, no se ven desbordados por sus fuertes emociones. En segundo lugar, las personas más diferenciadas son capaces de adoptar una posición del yo y apropiarse de sus pensamientos y sentimientos sin la necesidad de cumplir con las expectativas de otros. En tercer lugar, cuando las experiencias interpersonales son muy intensas, las personas poco diferenciadas se aíslan de los demás y de sus emociones, mientras que las personas altamente diferenciadas no sienten la necesidad de hacer ese corte emocional. Por último, las personas altamente diferenciadas son capaces de mantener relaciones bien definidas, mientras que una baja diferenciación lleva a una sobreimplicación o “fusión” con los otros en la mayoría de sus relaciones significativas (Peleg, 2005).

De acuerdo con Bowen (1991) “las personas con un nivel bajo de diferenciación (y por lo tanto poco diferenciadas o indiferenciadas) pueden llevar una vida aparentemente tranquila y sin síntomas, pero son muy vulnerables a la tensión, encuentran muchas dificultades para adecuarse a las exigencias de la vida y manifiestan una alta tasa de patologías y problemas. Por el contrario, las personas cuyo nivel de diferenciación es alto son más adaptables al estrés, tienen menos problemas y los afrontan mejor” (p. 71).

Aquellas personas que están más diferenciadas son menos reactivas emocionalmente y más capaces de regular sus emociones, pensar con claridad bajo situaciones estresantes y permanecer vinculados con los otros significativos, mientras que mantienen un sentido claro del sí mismo tanto dentro como fuera de las relaciones (Bowen 1978; Kerr & Bowen, 1988; Skowron & Friedlander, 1998). Una mayor diferenciación del sí mismo se considera que lleva a una mayor competencia interpersonal, madurez emocional y menor malestar psicológico, ya que permite al individuo modular el arousal emocional experimentado durante situaciones interpersonales estresantes (Skowron et al., 2009). Por el contrario, aquellas personas que están menos diferenciadas se sienten menos cómodas con la intimidad y/o la autonomía, piensan que son menos efectivos en sus relaciones, experimentan más problemas interpersonales, tienen más dificultades para regular sus emociones (Bowen, 1978; Kerr & Bowen, 1988) y reflejan mayor malestar psicológico (Bartle-Haring & Probst, 2004; Kim- Appel, Appel, Newman, & Parr, 2007).

Según Bowen (1978), la diferenciación del sí mismo es esencial para un buen funcionamiento relacional y psicológico, llevando bajos niveles de diferenciación a problemas tales como la ansiedad crónica, el malestar físico y psicológico, la elección de una pareja con un nivel bajo de diferenciación similar, la insatisfacción marital, la reactividad emocional y/o, la triangulación (Miller, Anderson, & Keala, 2004; Nichols, & Schwartz, 2004; Pelag, 2005).

Cuando no hay estrés emocional, las personas poco diferenciadas o indiferenciadas pueden interaccionar entre sí con mayor espontaneidad y libertad. Sin embargo, cuando la tensión aumenta, se vuelven más reactivas emocionalmente y tienden, bien a cortar o distanciarse en sus relaciones, bien a fusionarse con los otros en respuesta al estrés (Bowen, 1991; Nichols & Schwartz, 2004). Según la teoría de Bowen, mientras que aquellos que tienden al corte emocional suelen retirarse o distanciarse de los otros cuando están estresados, la fusión con los otros se caracteriza por un malestar con la autonomía en las relaciones, deseo de fundirse psicológicamente con el otro y dificultades para tolerar diferencias de opinión (Kerr & Bowen, 1988; Skowron & Schmitt, 2003).

Las personas que se diferencian satisfactoriamente son capaces de separarse de su familia de origen sin por ello tener que romper los lazos en sus relaciones significativas. Por el contrario, las personas con dificultades en el proceso de diferenciación, tienden a permanecer fusionados en la relación con sus padres o desconectados de estas relaciones (Kerr & Bowen, 1988; Johnson & Waldo, 1998). Mientras que las primeras, no se ven abrumadas por sus fuertes emociones, no sienten la necesidad de cortar emocionalmente y son capaces de tomar una posición del yo clara en sus relaciones (actuando conforme a sus propios pensamientos y sentimientos sin la necesidad de cumplir con las expectativas de otros), las segundas tienden a

entrar en fusión o a cortar emocionalmente en la relación con los otros cuando están bajo estrés (Kerr & Bowen, 1988; Skowron & Friedlander, 1999).

De acuerdo con la teoría de Bowen, (1978), los patrones interpersonales de fusión con los otros o de corte emocional, representan en ambos casos mecanismos destinados a controlar la indiferenciación, es decir, dirigidos a manejar o afrontar el apego emocional no resuelto con la familia de origen. Aquellos que tienden hacia el uso del corte emocional en las relaciones suelen proyectar una fachada exagerada de independencia y distancia de los otros en situaciones de estrés (Skowron & Schmitt, 2003). Por el contrario, la fusión interpersonal es definida por Bowen (1978) como “la confusión de límites entre los miembros familiares, una sobreimplicación con los otros significativos en la toma de decisiones y dificultades a la hora de formular opiniones o perspectivas independientes de la de los padres”. En otras palabras, la fusión consiste en internalizar y/o asimilar las creencias y valores de los otros en su totalidad, sin llevar a cabo un análisis para determinar si se ajustan o no con los principios y valores propios. (Bowen, 1978; Kerr, 1984; Kerr & Bowen, 1988; Friedman, 1991).

Nichols y Schwartz (2004) entienden la fusión emocional como la tendencia de los miembros de una familia de compartir una respuesta emocional. Esto es el resultado de límites interpersonales pobres entre los miembros de la familia. En una familia fusionada hay poco espacio para la autonomía emocional. Si un miembro se mueve hacia la autonomía, es vivido como abandono por los otros miembros de la familia. Si una persona en una familia con este perfil siente ansiedad, todos los miembros deben sentir una ansiedad similar. De este modo, cuando un miembro de una familia emocionalmente fusionada experimenta ansiedad, se produce una escalada del proceso emocional negativo. Un miembro de una familia diferenciada, por el contrario, es capaz de contener su ansiedad, permitiendo gestionar o abordar problemas emocionales. Es capaz de equilibrar la demanda de ser autónomo y, a la vez, estar vinculado a los otros. (Nichols & Schwartz, 2004).

En definitiva, se concluye que el proceso de diferenciación del self describe el proceso a largo plazo en el que el hijo se desvincula lentamente de la fusión inicial con la madre y se mueve hacia su propia autonomía emocional. Es el grado en que una persona es capaz de equilibrar a) funcionamiento emocional e intelectual, y b) intimidad y autonomía en las relaciones (Velázquez & Garduño, 2011). Este proceso, que dura toda la vida, es especialmente importante en la niñez y la adolescencia y responderá en gran medida al grado de diferenciación de los padres y al clima emocional predominante en la familia de origen. El grado de diferenciación que alcance el adolescente determinará, en su transición a la vida adulta, su estilo de vida, la elección de pareja y su bienestar psicológico (Nichols & Schwartz, 2004).

La necesidad de diferenciación durante la adolescencia es entendida como la necesidad de expresión del self unida a la necesidad de cohesión y mantenimiento del grupo familiar a través del tiempo. Si el sujeto posee la seguridad de su pertenencia al grupo familiar, tenderá a diferenciarse en su self individual y en este proceso se hará cada vez más independiente de su familia de origen, hasta que finalmente logre una separación que permita la construcción de un nuevo sistema familiar (Doctors, 2013).

El adolescente ha de desprenderse de los lazos de dependencia familiar, debe diferenciarse y establecer relaciones con otros significativos fuera de la familia. En concreto, el grupo de pares proporciona una fuente de nuevas identificaciones. El adolescente necesita de personas externas que le proporcionen apoyo emocional y le ayuden a continuar con el proceso de diferenciación (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

La familia pasa de ser una unidad que nutre al niño a ser una plataforma para entrar en el mundo adulto de responsabilidades y compromisos. Han de establecerse unos límites flexibles que permitan al adolescente salir del sistema familiar, explorar y experimentar sus capacidades nuevas y, a la vez, refugiarse cuando no pueda manejar las cosas solo (Collins & Russell, 1991; Engels, Iedema, Maassen, & Meeus, 2005).

Con respecto a la adolescencia, Bowen (1991) afirma que las manifestaciones de apego no resuelto o de indiferenciación son típicas de esta etapa del ciclo vital. Según el autor, “Un alto porcentaje de personas tiene un grado de apego no resuelto nada despreciable, tal como lo confirman muchas teorías psicológicas que consideran que las tormentas emocionales son “normales” durante la adolescencia” (p. 74). No obstante, desde la Teoría de los Sistemas Familiares no se comparte este punto de vista, ya que se considera que un adolescente bien diferenciado, que haya iniciado en la infancia el proceso de crecimiento emocional que lo aleja de los padres, seguirá desarrollando durante la adolescencia un proceso de crecimiento tranquilo y ordenado (Bowen, 1991).

Se parte asimismo de la realidad de que existen aspectos de una familia que favorecen el proceso de diferenciación de sus miembros y otros que la dificultan. De hecho, la autonomía, en la adolescencia, depende del apoyo de los padres y la transferencia gradual de la regulación emocional y conductual desde los padres hacia el adolescente (Hill & Holmbeck, 1986; Collins & Russell, 1991). En general, cuando la familia es sensible y comprensiva a las necesidades evolutivas de su hijo adolescente, puede funcionar como un “ambiente facilitador” para el logro, por parte del adolescente, de tareas evolutivas tales como la diferenciación de la familia de origen y el establecimiento de una identidad consolidada (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

Shmuel Schulman e Inge Seiffge-Krenke en su libro *Father and Adolescents: Developmental and Clinical perspective* (1997) estudian la relación padre-hijo adolescente y ponen de manifiesto a través de diversas investigaciones como la figura paterna está menos implicada o involucrada a nivel emocional con su hijo adolescente respecto a lo que lo está la madre. La tendencia general de los resultados de estos estudios indica que el padre es menos intrusivo y protector, y es percibido como tal por sus hijos adolescentes (Collins & Russell, 1991). Pero aunque puede parecer que se preocupa menos por su hijo adolescente, estos autores sugieren que su menor implicación puede atender a una función evolutiva de esta etapa del ciclo vital.

Ser más distante permite un “mayor espacio” entre el padre y el adolescente; también posibilita al adolescente ejercer su individualidad. Lo que puede parecer como indiferencia por parte del padre, desinterés o actitudes críticas, puede sin embargo servir como un incentivo para el proceso de diferenciación del self del adolescente. Es la excesiva cercanía y control de la madre lo que puede interferir con la tendencia a la separación y, de ese modo, llevar a conflictos (Edwards & Rapee, 2007; Hudson & Rapee, 2005). El padre, a través de sus actitudes no intrusivas, permite al adolescente un espacio más amplio para sí mismo. Actuando de una manera que a menudo parece indiferente, el padre posibilita al adolescente experimentar mejor su progresiva diferenciación. De este modo, el padre sirve como modelo para las relaciones donde la separación está permitida y es respetada y entiende que ser más despreocupado no significa estar desapegado; más bien refleja la búsqueda de más espacio personal dentro de una relación cercana (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

Esto sugiere que a pesar de que la presencia inmediata del padre es baja, lo que cuenta, especialmente durante la adolescencia, es la fuerza de la confianza en la disponibilidad de los progenitores. Las teorías del apego ya han mostrado que un apego seguro está basado en la confianza y en la disponibilidad del cuidador más que en la presencia inmediata y continua de éste (Ainsworth, Blehar, Waters, & Walls, 1987). El padre ofrece así al adolescente la seguridad de pertenecer al grupo familiar, al tiempo que le anima a diferenciarse.

En resumen, se sugiere que por su tendencia natural a ser menos sobreprotector, el padre es más capaz de aceptar, respetar y apoyar el deseo del adolescente de diferenciarse. Además, dado que el hecho de que el padre se mantenga distante no refleja desinterés o falta de apego, el padre puede servir como un modelo alternativo para la diferenciación dentro de una relación cercana. Se propone entonces que el padre indirectamente apoya la tendencia del adolescente a diferenciarse. Este modelo aparentemente distante es lo que los adolescentes necesitan en esta etapa de separación; un modelo de progenitor afectivo pero no sobreprotector que permita y respete la separación y apoye los esfuerzos del adolescente por diferenciarse. Además, la figura

paterna es percibida como modelo para posteriores metas del desarrollo tales como la vida marital. Así, el padre que cuida pero no sobreprotege es más capaz de equilibrar la proximidad y la separación que la madre (quien generalmente está más implicada emocionalmente y tiene menos capacidad de permitirle al hijo crecer alejándose de ella) y que éste es más flexible a la hora de responder a las diversas metas del desarrollo de sus hijos adolescentes (Shulman & Seiffge-Krenke, 1997).

Por todo ello, el objetivo de este trabajo es evaluar la relación entre el distinto tipo de vínculo que ejerce el padre en la relación con su hijo/a adolescente y el grado de diferenciación del self alcanzado por éste, (partiendo de la premisa de que la madre tiende a sobreproteger a sus hijos más que el padre)

De este modo, considerando al padre que establece un vínculo óptimo con su hijo como aquel que es afectuoso, empático y contenedor emocionalmente, al tiempo que favorece su independencia y autonomía; se establece y partimos de la hipótesis de que el proceso de diferenciación del self del adolescente se relacionará positivamente con un padre de estas características (implicación óptima); mientras que se relacionará negativamente tanto con un padre sobreprotector como con uno periférico o ausente (escasa afectividad). (Hipótesis 1)

Asimismo, prestando atención a la influencia de variables como el género y a la diversidad de configuraciones familiares actuales (distintas a la tradicional y/o intacta), nos parece interesante evaluar también diferencias en el nivel de diferenciación del self alcanzado por el adolescente en función de su sexo (hipótesis 2) y en función del tipo de estructura familiar de pertenencia (hipótesis 3)

Varios estudios han comparado los niveles de diferenciación de hombres y mujeres, pero los resultados obtenidos han sido poco consistentes. Haber (1993) y Maynard (1997), no encontraron diferencias de género en los niveles generales de diferenciación. Investigaciones que examinaban diferencias de género con el *Differentiation of self- Inventory* (DSI) tampoco encontraron diferencias en el nivel total de diferenciación (Elieson & Rubin, 2001; Skowron & Friedlander, 1998), pero las mujeres presentaban puntuaciones más altas en la subescala de *reactividad emocional* (Kosek, 1998; Skowron & Schmitt, 2003) y en la subescala *posición del yo* (Kosek, 1998; Skowron & Schmitt, 2003). Se obtuvieron resultados variados con respecto a la subescala *fusión con los otros*, pues un estudio encontró diferencias de género (Kosek, 1998) y otro concluyó que no se daban (Skowron & Schmitt, 2003). Pese a que estos resultados ofrecen una evidencia preliminar de que existen diferencias en algunos componentes de la diferenciación pero no en el nivel global alcanzado, este estudio se propone obtener nuevos datos al respecto.

En relación al creciente peso de estructuras familiares distintas a la tradicional y/o intacta, focalizamos nuestra atención en los padres separados y en la monoparentalidad. En estas familias, un progenitor (casi siempre la madre) tiende a convivir con y a ser responsable en mayor medida o incluso en solitario de sus hijos menores o dependientes. En función de si el adolescente convive en mayor medida con su madre o con su padre o, incluso, exclusivamente con uno de ellos, determinadas tareas del desarrollo podrían verse favorecidas u obstaculizadas (López, 2014).

Por último, nos preguntamos si el nivel de diferenciación del self difiere entre distintas edades de la adolescencia, esperando encontrar que cuanto mayor sea el adolescente, más alto puntuará en el grado de diferenciación de su familia de origen (Hipótesis 4).

## MÉTODO

### *Participantes*

En la investigación participaron 139 sujetos, de los cuales 70 eran mujeres (50,4%) y 69, hombres (49,6%). Todos ellos eran alumnos y alumnas del Colegio Base (Comunidad de Madrid; centro privado, mixto y no confesional) que cursaban 3º de la E.S.O., 4º de la E.S.O. y 1º de Bachillerato, y cuyas edades iban comprendidas entre los 13 y los 17 años ( $M=15,04$ ;  $DT= 0,867$ ). De la totalidad de los participantes, el 1,4% ( $n=2$ ) tenía 13 años; el 29,5 % ( $n=41$ ) tenía 14 años; el 33% ( $n=47$ ), 15 años; otro 33,8 % ( $n=47$ ), 16 años y; el 1,4 % ( $n=2$ ) restante, 17. El 77 % ( $n=107$ ) de ellos pertenecía a familias intactas (sus padres biológicos vivían y estaban casados); el 9,4% ( $n=13$ ) tenían padres separados y convivía la mayor parte del tiempo con su madre; el 7,2 % ( $n=10$ ) pertenecía a una familia monoparental constituida por la madre (padre fallecido o ausente) y; el 6,5 % ( $n=9$ ) tenía padres separados y convivía el mismo tiempo tanto con un progenitor como con el otro.

### *Instrumentos*

#### **Datos sociodemográficos**

Evaluated por medio de un sencillo cuestionario de diseño propio en el que el adolescente debía indicar su edad y sexo así como el tipo de estructura familiar al que pertenecía (familia intacta, familia monoparental, padres separados). En el caso de indicar “familia monoparental”, los sujetos debían indicar cuál de ambos progenitores ejercía la monoparentalidad y en el caso de indicar “padres separados” debían indicar si pasaban igual de

tiempo con ambos progenitores o si por el contrario convivían en mayor medida con uno de ellos.

### **Parental Bonding Instrument (PBI)**

Elaborado originalmente por Parker, Tupling y Brown en 1979, se utilizó una adaptación al castellano realizada por Ballús-Creus (1991). El cuestionario examina (en 25 items) la contribución parental en el vínculo progenitores-hijos e intenta definir y medir los constructos significativos del mismo, que para Parker (1979) son dos: *Sobreprotección* y *Cuidado/Afecto*.

Las propiedades psicométricas del instrumento original han sido altamente probadas (una consistencia interna de 0,88 para la escala de cuidado/afecto y de 0,74 para la escala de sobreprotección en muestra no clínica). Los índices de fiabilidad obtenidos para nuestra muestra se estimaron en base al alpha de Cronbach. Tanto en el caso del padre (alpha de Cronbach = 0,625) como en el caso de la madre (alpha de Cronbach = 0,601) se obtuvieron índices de fiabilidad aceptables. Parece que este índice de fiabilidad moderado (en ambos casos) se debe a la disparidad de las subescalas que componen el test. Así, al comprobar los índices de fiabilidad de cada una de las subescalas del instrumento global, se obtuvieron índices altos tanto en el caso del padre (alpha de Cronbach = 0,858 en la subescala Cuidado/Afecto; alpha de Cronbach = 0,846 en la subescala Sobreprotección) como en el caso de la madre (alpha de Cronbach = 0,830 en la subescala Cuidado/Afecto; alpha de Cronbach = 0,844 en la subescala Sobreprotección).

El constructo de *Cuidado/Afecto* hace referencia a la calidez emocional, la preocupación por el bienestar del hijo y la valoración positiva del mismo (frente al rechazo y la indiferencia) (Items: 1,2,4,5,6,11,12,14,16,17,18 y 24). Por su parte, el constructo de *Sobreprotección* hace referencia al excesivo control y protección, la intrusión, el contacto excesivo, la infantilización y la prevención de la conducta independiente, (frente al fomento de la independencia) (Items: 3,7,8,9,10,13,15,19,20,21,22,23 y 25).

Cada escala puede ser utilizada de manera independiente o conjunta y permite determinar cuatro tipos de vínculos parentales: vínculo óptimo, constricción cariñosa, control sin afecto y vínculo débil o ausente.

El *vínculo óptimo* es característico de aquellos padres que obtienen puntuaciones altas en la *escala de cuidado/afecto* y bajas en la *escala de sobreprotección*; se caracterizan por ser afectuosos, empáticos y contenedores emocionalmente; a la vez que favorecen la independencia y la autonomía. El *vínculo ausente o débil* es el propio de puntuaciones bajas en la *escala de*

*cuidado/afecto* y bajas en la *escala de sobreprotección*; son padres que tienden a ser emocionalmente fríos, indiferentes y con poca respuesta empática a las necesidades de sus hijos. La *constricción cariñosa* es característica de aquellos padres que puntúan alto en la *escala de cuidado/afecto* y alto en la *escala de sobreprotección*; se muestran, por un lado, afectuosos, con capacidad para la contención emocional, empáticos y cercanos y, por otro, son controladores, intrusivos, tienen un contacto excesivo, infantilizan y previenen la conducta autónoma de sus hijos. El *control sin afecto* es particular de aquellos padres que puntúan bajo en la *escala de cuidado/afecto* y alto en la *escala de sobreprotección*; se caracterizan por ser poco comunicativos, expresar muy poco afecto e incluso ser negligente con sus hijos, al mismo tiempo que impiden su crecimiento personal y el desarrollo de su autonomía e independencia.

Cada sujeto que participó tuvo que contestar a cada ítem utilizando una escala de tipo Likert, en un rango de 0 a 3 puntos. Debía elegir aquella alternativa que mejor describiese la relación con cada uno de sus progenitores por separado; es decir, contestando una vez al cuestionario para la madre y otra, para el padre.

La asignación a las categorías “alto” o “bajo” (cuidado, sobreprotección), siguiendo las instrucciones ofrecidas por los autores originales del cuestionario (Parker, Tupling, & Brown, 1979) se basa en los siguientes puntos de corte: En el caso de las madres, una *puntuación en cuidado/afecto* de 27.0 y una *puntuación en sobreprotección* de 13.5; en el caso de los padres, una *puntuación en cuidado/afecto* de 24.0 y una *puntuación en sobreprotección* de 12.5.

La única modificación que se realizó fue en relación al tiempo verbal de las afirmaciones, formulando todos los ítems en presente (en la versión original están formulados en pasado porque el sujeto debe contestar a las preguntas basándose en sus recuerdos hasta los 16 años).

### **Differentiation of self Inventory- Revised (DSI-R)**

Para nuestra investigación se utilizó la versión traducida al castellano del instrumento original desarrollado por Skowron y Schmitt en 2003 (Rodríguez-González, Skowron, Jodar, in press). El DSI-R (Skowron, & Schmitt, 2003) es una medida de autoinforme (46 ítems) que mide el constructo de *diferenciación del self* propuesto por Murray Bowen en sus dos niveles: nivel intrapsíquico (capacidad para distinguir entre procesos emocionales e intelectuales), que incluye las subescalas *Reactividad emocional* (ER, *emotional reactivity*) y *Posición del Yo* (IP, *I position*) y, nivel interpersonal (capacidad para mantener la proximidad con los otros significativos al tiempo que se va logrando un self autónomo), que incluye las subescalas

*Fusión con los otros* (FO, *Fusion with others*) y *Corte emocional* (EC, *emotional cutoff*). (Bowen, 1978; Kerr & Bowen, 1988).

Las propiedades psicométricas del cuestionario original reflejan una consistencia interna total de 0,92 y la consistencia interna de cada una de las subescalas es la siguiente: *Reactividad emocional* = 0,89; *Posición del Yo* = 0,81; *Corte emocional* = 0,84 y, *Fusión con los otros* = 0,86. Analizando los índices de fiabilidad obtenidos para nuestra muestra, estimados en base al alpha de Cronbach, se obtuvo un índice de fiabilidad alto (alpha de Cronbach = 0,873) para la escala total del *DSI-R*. En el caso de las subescalas, los índices de fiabilidad de la subescala *Reactividad emocional* (alpha de Cronbach = 0,863) y de la subescala *Posición del Yo* (alpha de Cronbach = 0,700), ambas pertenecientes al nivel intrapsíquico de la diferenciación del self, fueron considerados alto y aceptable respectivamente. El índice de fiabilidad para las subescalas constitutivas del nivel interpersonal fue considerado aceptable tanto en el caso de la subescala *Corte emocional* (alpha de Cronbach = 0,671) como en el caso de la subescala *Fusión con otros* (alpha de Cronbach = 0,656).

En el nivel intrapsíquico o intrapersonal, la subescala de *reactividad emocional* (ER) evalúa el grado de conciencia individual de la persona y su habilidad para regular sus afectos sin responder al entorno de forma automática o hipersensible (ítems 1, 6, 10, 14, 18, 21, 26, 30, 34, 38, 40) y la subescala de *posición del yo* (IP) refleja un sentido del self claramente definido y la capacidad de la persona para adherirse y expresar sus propias convicciones o pensamientos bajo un estado de ansiedad y/o presión de otros (ítems 4,7,11,15,19,23,27,31,35,41,43). Por su parte, en el nivel interpersonal, la subescala de *corte emocional* (EC) evalúa el grado en el que una persona se distancia de forma reactiva de los demás para calmar su ansiedad (ítems 2,3,8,12,16,20,24,28,32,36,39,42) y la subescala de *fusión con otros* (FO) mide el grado de sobreimplicación emocional con personas significativas (5,9,13,17,22,25,29,33,37,44,45,46) (Jankowski & Hooper, 2012).

Los participantes del estudio contestaron a cada ítem en base a una escala de tipo Likert del 1 al 6 (siendo 1 = *totalmente en desacuerdo* y 6 = *totalmente de acuerdo*). Para obtener el nivel de diferenciación total se calculó la media de la totalidad de los ítems. Del mismo modo, para obtener la puntuación de una subescala concreta se calculó la media de los ítems de esa subescala. Así pues, el valor máximo que alguien puede alcanzar en la diferenciación, sea en la global o en la de una subescala concreta, es siempre 6, y el mínimo, 1 (a mayor puntuación obtenida, mayor nivel de diferenciación alcanzado).

No obstante, a la hora de analizar los resultados, se optó por trabajar con el sumatorio de las puntuaciones obtenidas en cada uno de los ítems del instrumento en vez de con la puntuación media obtenida. El motivo de esta elección fue que la variabilidad que recoge dicha

variable si se emplea el primer procedimiento difiere de manera obvia de la que podríamos obtener si se hubiese procedido de la segunda manera, y esto va a resultar fundamental a la hora de realizar el estadístico de contraste ANOVA de un factor. De este modo, se obtuvo una media ( $M$ ) de 183,78 y una desviación típica ( $DT$ ) de 24,60 en la variable diferenciación del self del adolescente, cuyo mínimo resultó ser 120 y su máximo 237

La única modificación que se llevó a cabo con respecto al cuestionario original fue en relación a aquellos ítems que preguntaban sobre la relación con la pareja. Debido a su inadecuación para sujetos adolescentes, se mantuvieron los ítems pero, en vez de por la relación de pareja, se preguntaba sobre la relación con amigos muy cercanos/mejores amigos. Esta modificación se hizo conforme al artículo *Psychometric Evaluation of the Differentiation of Self Inventory for Adolescents* publicado por Skowron y Knauth en 2004.

### ***Procedimiento***

El Colegio Base, a través de la Jefa de Estudios de Secundaria, dio su autorización para llevar a cabo el estudio con la muestra seleccionada. Los sujetos cumplieron los cuestionarios en el centro educativo, durante el mismo día (el tiempo de aplicación fue de 3 horas, 30 minutos aproximadamente para cada una de las seis clases de alumnos que participaron en el estudio). La aplicación fue realizada por dos personas y se contó con la supervisión de un profesor en cada una de las aulas. Se les dijo a los alumnos que el estudio evaluaba aspectos interpersonales y emocionales y la relación con los progenitores. No se incluyó ninguna información que pudiese identificar al sujeto y se garantizó el anonimato y la confidencialidad de los datos, de uso exclusivo para la investigación.

### ***Diseño y análisis de datos***

El estudio realizado es de tipo correlacional transversal, con un muestreo no probabilístico.

Con el objetivo de contrastar las hipótesis de nuestro trabajo, se llevó a cabo una serie de análisis estadísticos mediante el programa de análisis de datos SPSS (Versión 21). El *tipo de vínculo con el padre* así como las distintas variables sociodemográficas (*edad, sexo y tipo de familia*) constituyeron las variables independientes de nuestra investigación (VI) y el *grado de diferenciación del adolescente*, la variable dependiente (VD)

## RESULTADOS

A nivel descriptivo, además de los datos relativos a los participantes (ver Apartado Método: Participantes) se analizaron las proporciones del tipo de vínculo que el adolescente percibía tener tanto con su madre como con su padre (Ver Tabla 1). Las frecuencias obtenidas fueron las siguientes: en relación a la madre, un 48,2% (67 sujetos) indicó tener un *vínculo óptimo* con su madre; un 29,5% (41 sujetos) un vínculo de *constricción cariñosa*; un 17,3% (24 sujetos) reflejó un vínculo caracterizado por el *control sin afecto* y; un 5,0% (7 sujetos) un *vínculo débil o ausente*. Analizando el vínculo con el padre, un 59,6% (74 sujetos) indicó tener un *vínculo óptimo*; un 20,0% (26 sujetos) un vínculo de *constricción cariñosa*; un 14,6% (19 sujetos) un vínculo caracterizado por el *control sin afecto* y; un 8,5% (11 sujetos) un *vínculo débil o ausente*. A pesar de que aquellos sujetos que no tenían padre (10 sujetos) no indicaron ningún tipo de vínculo (porque no contestaron a los ítems que preguntaban por el padre), sí podría considerarse a éstos dentro del tipo *vínculo ausente*.

El conjunto de datos nos muestra así que los sujetos percibían un *vínculo óptimo* en mayor medida con sus padres que con sus madres, mientras que aquellos vínculos en los que predominan niveles altos de sobreprotección (*constricción cariñosa* y *control sin afecto*) eran percibidos en mayor medida cuando se trataba de la madre.

**Tabla 1. Tipo de vínculo percibido por el adolescente con su madre y con su padre.**

<i>Tipo de vínculo</i>	<i>Madre</i>	<i>Padre</i>
<i>Óptimo</i>	48,2 % (n = 67)	59,6 % (n = 74)
<i>Constricción cariñosa</i>	29,5 % (n = 41)	20,0 % (n = 26)
<i>Control sin afecto</i>	17,3 % (n = 24)	14,6 % (n = 19)
<i>Débil o ausente</i>	5,0 % (n = 7)	8,5 % (n = 11)

N = 139.

Los contrastes estadísticos realizados en este trabajo tienen un alfa = 0,05, lo cual quiere decir que se tomó un nivel de confianza del 95,0%, considerando como significativos los resultados cuando  $p < 0,05$ .

En primer lugar, con el fin de contrastar la *primera hipótesis* de nuestro trabajo (hipótesis principal), saber si existían diferencias estadísticamente significativas en el grado de *diferenciación del self* del adolescente en función del *tipo de vínculo que el padre tenía con él/ella*, se aplicó un ANOVA de un factor. Para ello, se contrastaron primero los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas para la variable *diferenciación del self* así como para cada uno de los tipos de vínculo con el padre en relación a dicha variable. Con un nivel de

significación mayor de 0,05 ( $Z$  de Kolmogorov – Smirnov = 0,577;  $p = 0,915$ ) se mantuvo la hipótesis nula de normalidad para nuestra variable *diferenciación del self*. Del mismo modo, se observó una distribución normal para la variable *diferenciación del self* en cada uno de los tipos de vínculo establecido por el padre con el adolescente, puesto que en todos los casos  $p > 0,05$ : *Vínculo débil* ( $W$  de Shapiro- Wilk= 0,984;  $gl= 11$ ;  $p= 0,622$ ); *Constricción cariñosa* ( $W$  de Shapiro- Wilk= 0,967;  $gl= 26$ ;  $p= 0,538$ ); *Control sin afecto* ( $W$  de Shapiro- Wilk= 0,936;  $gl= 19$ ;  $p= 0,221$ ) y; *Vínculo óptimo* ( $W$  de Shapiro- Wilk= 0,979;  $gl= 74$ ;  $p= 0,241$ ). Se mantuvo igualmente la hipótesis nula de homogeneidad de varianzas para la variable *diferenciación del self* ( $L$  de Levene=1,581;  $gl=3$ ;  $p= 0,197$ ).

Una vez comprobados los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas, se aplicó un ANOVA unifactorial (ver Tabla 2), pudiendo rechazar la hipótesis nula de igualdad de medias entre los distintos tipos de vínculo con el padre en la variable *diferenciación del self* del adolescente ( $F= 4,016$ ;  $gl= 3$ ;  $p= 0,009$ ).

**Tabla 2. ANOVA de un factor. Diferencia de medias en el nivel de *diferenciación del self* en función del tipo de vínculo padre-hijo.**

	Suma de cuadrados	gl	Media cuadrática	F	Sig.
<b>Inter-grupos</b>	6692,908	3	2230,969	4,016	0,009
<b>Intra-grupos</b>	69993,092	126	555,501		
<b>Total</b>	76686,000	129			

Se realizaron asimismo comparaciones post hoc (ver Tabla 3) y se comprobó, a través del estadístico de Tukey, que tan sólo existían diferencias significativas en sus medias entre dos de los cuatro tipos de vínculos posibles con el padre en la variable *diferenciación del self* del adolescente ( $I-J=15,82$ ;  $p=,020$ ). Estos eran *constricción cariñosa*, con niveles de diferenciación del self más bajos y *vínculo óptimo*, con niveles de diferenciación del self más altos.

**Tabla 3. Comparaciones post-hoc entre los diferentes tipos de vínculo padre-hijo en la variable diferenciación del self.**

(I) VínculoPadreTotal	(J) VínculoPadreTotal	Diferencia de medias (I-J)	Error típico	Sig.
	Constricción cariñosa	7,71678	8,47735	0,799
<b>Vínculo débil</b>	Control sin afecto	6,69856	8,92955	0,876
	Vínculo óptimo	-8,10442	7,61622	0,712
	Vínculo débil	-7,71678	8,47735	0,799
<b>Constricción cariñosa</b>	Control sin afecto	-1,01822	7,11353	0,999
	Vínculo óptimo	-15,82121*	5,37328	0,020
	Vínculo débil	-6,69856	8,92955	0,876
<b>Control sin afecto</b>	Constricción cariñosa	1,01822	7,11353	0,999
	Vínculo óptimo	-14,80299	6,06165	0,074
	Vínculo débil	8,10442	7,61622	0,712
<b>Vínculo óptimo</b>	Constricción cariñosa	15,82121*	5,37328	0,020
	Control sin afecto	14,80299	6,06165	0,074

\*La diferencia de medias es significativa al nivel 0,05.

A continuación, se analizaron las sub-escalas correspondientes a los dos niveles de la diferenciación global (nivel interpersonal y nivel intrapsíquico). Dada la cantidad de posibles análisis al respecto, sólo se presentan aquellos en los que se encontraron diferencias significativas. Se observó que existían diferencias significativas en el *nivel intrapsíquico* (*reactividad emocional, posición del yo*) entre el *vínculo óptimo* y la *constricción cariñosa* ( $I-J= 9,158$ ;  $p= 0,033$ ) y entre el *vínculo óptimo* y el *control sin afecto* ( $I-J= 10,133$ ;  $p= 0,038$ ) siendo los sujetos que presentaban un *vínculo óptimo* con su padre los que obtenían una mejor puntuación en este nivel (con respecto a los otros dos tipos de vínculo mencionados). Un reflejo de ello es que se encontraran diferencias significativas en la *posición del yo* de los sujetos que percibían un *vínculo óptimo* con respecto a los que indicaron *constricción cariñosa* ( $I-J= 4,830$ ;  $p = 0,024$ ) (en favor del *vínculo óptimo*).

A la vista de estos resultados, nos pareció interesante analizar si el vínculo con el padre influía en mayor medida sobre el nivel de diferenciación del self del adolescente que el vínculo con la madre. Para hacernos una idea de qué subescalas (*Afecto/ Cuidado; Sobreprotección*) de la variable *tipo de vínculo* (para el padre y para la madre) influían en el nivel de diferenciación del self del adolescente, el primer paso fue estudiar la correlación de Pearson (ver Tabla 4). Como se puede observar, la correlación fue mayor para las subescalas que se correspondían con el padre, aunque también se encontró un nivel de significación mayor a 0,05 para la *Sobreprotección* de la madre: *Cuidado/Afecto del padre* (Pearson,  $n= 130$ ;  $r = 0,223$ ;  $p= 0,011$ ); *Sobreprotección del padre* (Pearson,  $n= 130$ ;  $r= -0,329$ ;  $p= 0,001$ ); *Cuidado/Afecto de la madre* (Pearson,  $n= 139$ ;  $r= 0,125$ ;  $p= 0,142$ ); *Sobreprotección de la madre* (Pearson,  $n =139$ ;  $r= -1,99$ ;  $p= 0,019$ ).

**Tabla 4. Correlaciones de Pearson entre las distintas subescalas de la variable *tipo de vínculo* (madre y padre) y la variable *diferenciación del self*.**

		Cuidado/afecto padre	Sobreprotección Padre	Cuidado/afecto Madre	Sobreprotección Madre
<b>Diferenciación total</b>	<b>r de Pearson</b>	0,223*	-0,239**	0,125	-0,199*
	<b>Sig. bilateral</b>	0,011	0,001	0,142	0,019

\*La diferencia de medias es significativa al nivel 0,05. \*\*La diferencia de medias es significativa al nivel 0,01.

Sin embargo, no podemos quedarnos en este nivel de inferencia, por lo que se aplicó un modelo de regresión lineal (Ver Tabla 5) para comprobar si realmente estas subescalas eran explicativas del nivel de diferenciación alcanzado.

Como se expone en la tabla, nuestro modelo explicó el 11,7% de la diferenciación del self del adolescente.

**Tabla 5. Modelo explicativo de la *diferenciación del self***

Modelo	R	R cuadrado	gl	F	Sig.
1	0,342	0,117	4	4,132	0,004

Se concluyó que nuestro modelo era realmente explicativo de la diferenciación del self del adolescente ( $F= 4,132$ ;  $gl= 4$ ;  $p= 0,04$ ).

Como última observación, al analizar cada una de las de las subescalas por separado, se halló que tan sólo la variable de *sobreprotección del padre* explicaba de manera significativa la diferenciación del self alcanzada por el adolescente (ver Tabla 6). Además, se comprobó que esta relación tenía un orden inverso, disminuyendo el grado de diferenciación del self según aumentaba la sobreprotección ejercida por el padre. Así, nuestro modelo explicativo final fue:

$$\text{Diferenciación Self} = \beta_0 + \beta_1 * \text{Sobreprotección Padre};$$

$$\text{Diferenciación Self} = 193,466 + (-0,294) * \text{Sobreprotección Padre}$$

**Tabla 6. Modelo explicativo de la diferenciación del self**

Modelo	Coefficientes no estandarizados	Coefficientes tipificados	t	Sig.
	B	Beta		
(Constante)	193,466		9,594	0,001
<b>Cuidado/ afecto padre</b>	0,447	0,108	1,065	0,289
<b>1 Sobreprotección padre</b>	-1,163	-0,294	-2,847	0,005
<b>Cuidado/ afecto madre</b>	-0,272	-0,055	-0,550	0,584
<b>Sobreprotección madre</b>	-0,037	-0,009	-0,087	0,931

Finalmente, se observó si existían diferencias significativas de medias entre cada una de las subescalas (Cuidado/afecto y Sobreprotección) en el caso de ambos progenitores. Por un lado, se vio si existían diferencias significativas de medias entre la sobreprotección de la madre y la sobreprotección del padre, para lo cual se aplicó una prueba T de Student para muestras relacionadas. Los contrastes de normalidad y homogeneidad pertinentes concluyeron que se cumplía la condición de normalidad tanto en el caso de la *sobreprotección del padre* ( $Z$  de Kolmogorov- Smirnov= 1,256;  $p= 0,085$ ) como de la *sobreprotección de la madre* ( $Z$  de Kolmogorov-Smirnov= 1,001;  $p= 0,269$ ). La prueba T de Student para muestras relacionadas ( $t = -5,148$ ;  $gl= 129$ ;  $p= 0,001$ ) permitió comprobar que efectivamente existían diferencias de medias entre la sobreprotección del padre ( $M = 11,04$ ;  $DT = 6,159$ ) y la sobreprotección de la madre ( $M= 13,78$ ;  $DT= 6,231$ ), siendo más elevada la sobreprotección por parte de la figura materna (Ver Tabla 7).

**Tabla 7. T de Student para muestras relacionadas. Diferencia de medias en el nivel de *sobreprotección* de la madre y del padre.**

	n	Media	DT	T	gl	p
<b>Sobreprotección padre</b>	130	11,04	6,159	-5,148*	129	0,001
<b>Sobreprotección madre</b>	130	13,78	6,231			

\*La diferencia de medias es significativa al nivel 0,05.

Por otro lado, quisimos ver también si existían diferencias significativas de medias entre el *cuidado/afecto del padre* y el *cuidado/afecto de la madre*. Ni el *cuidado/afecto del padre* ( $Z$  de Kolmogor-Smirnov= 1,606;  $p= 0,011$ ) ni el *cuidado/afecto de la madre* ( $Z$  de Kolmogor-Smirnov=1,665;  $p= 0,008$ ) se distribuían normalmente. Mediante la prueba de los rangos con signos de Wilcoxon (prueba no paramétrica) se concluyó que existían diferencias de promedios entre el *cuidado/afecto del padre* y el *cuidado/afecto de la madre* ( $Z$  de Wilcoxon= -5,819;  $p= 0,001$ ) y que de los 130 sujetos que contestaron los ítems correspondientes al *cuidado/afecto* para cada uno de los progenitores (recordemos que 9 sujetos no tenían padre), 91 indicaron mediante sus respuestas que su madre era más cuidadora/afectuosa que su padre (Ver Tablas 8 y 9).

**Tabla 8. Prueba de los rangos con signos de Wilcoxon. Diferencia de medias en el nivel de *cuidado/afecto* de la madre y del padre.**

	Cuidado afecto madre – cuidado afecto padre
<b>Z</b>	-5,819
<b>Sig. asintót. (bilateral)</b>	0,001

**Tabla 9. Rangos en *cuidado/afecto*.**

		<b>n</b>	<b>Rango promedio</b>	<b>Suma de rangos</b>
<b>Cuidado/afectomadre cuidado/afectopadre</b>	<b>Rangos negativos</b>	28 <sup>a</sup>	49,38	1382,50
	<b>Rangos positivos</b>	91 <sup>b</sup>	63,27	5757,50
	<b>Empates</b>	11 <sup>c</sup>		
	<b>Total</b>	130		

a. cuidadoafectomadre < cuidadoafectopadre

b. cuidadoafectomadre > cuidadoafectopadre

c. cuidadoafectomadre = cuidadoafectopadre

En segundo lugar, quisimos estudiar, a través de diversas hipótesis, la posible relación entre el grado de diferenciación del self del adolescente y algunas de sus características demográficas.

Con el fin de contrastar la *segunda hipótesis* de nuestro trabajo, saber si existía relación estadísticamente significativa entre el grado de *diferenciación del self* del adolescente y su *sexo*, se aplicó el estadístico T de Student para muestras independientes. Al analizar los supuestos de normalidad y homogeneidad, los resultados obtenidos mediante el estadístico de Kolmogorov-Smirnov concluyen que existe normalidad para la variable diferenciación del self del adolescente en los adolescentes hombres ( $Z$  de Kolmogorov-Smirnov= 0,511;  $p = 0,956$ ) y en las adolescentes mujeres ( $Z$  de Kolmogorov-Smirnov= 0,543;  $p = 0,929$ ), así como homogeneidad de varianzas ( $F = 1,177$ ;  $p = 0,280$ ). Tras el contraste mediante la prueba T para muestras independientes (ver Tabla 10), se observó que efectivamente existían diferencias de medias entre los sexos de los adolescentes en la variable diferenciación del self ( $t = 3,743$ ;  $gl = 137$ ;  $p = 0,001$ ) siendo los chicos quienes puntuaban más alto en el grado total de diferenciación del self alcanzado.

**Tabla 10. T student muestras independientes. Diferencia de medias en el nivel de *diferenciación del self* en función del *sexo* del adolescente.**

		<b>n</b>	<b>Media</b>	<b>DT</b>	<b>T</b>	<b>gl</b>	<b>p</b>
<b>Diferenciación total</b>	Hombres	69	191,304	22,006	3,743	137	0,001
	Mujeres	70	176,371	24,917			

También se analizaron diferencias de medias en el grado de *reactividad emocional*, *posición del yo*, *corte emocional* y *fusión con los otros*, por separado, no encontrándose diferencias significativas en ninguna de las subescalas en función del sexo.

Con el fin de contrastar la *tercera hipótesis* de nuestro trabajo, saber si el grado de *diferenciación del self* estaba relacionado con la *edad* del adolescente, se estudió la correlación de Pearson (ver Tabla 11) entre estas dos variables y se concluyó que no existían diferencias significativas en el grado de diferenciación del self en sujetos de diferentes edades (*Pearson*,  $n=139$ ;  $r=0,032$ ;  $p=0,705$ ).

**Tabla 11. Correlaciones de Pearson. Diferencia de medias en el nivel de diferenciación del self en función de la edad del adolescente.**

	edad	Diferenciación total
<b>Correlación de Pearson</b>	1	0,032
<b>Edad</b>	<b>Sig. (bilateral)</b>	0,705
	<b>N</b>	139

Tampoco se encontró un nivel de significación suficientemente alto al analizar, mediante una correlación de Pearson, diferencias en el nivel de diferenciación del self en función de dos rangos de edad: primera adolescencia (13,14 y 15 años) y segunda adolescencia (16 y 17 años) (*Pearson*,  $n=139$ ;  $r=-0,016$ ;  $p=0,855$ ).

Por último, al poner a prueba la *cuarta* (y última) *hipótesis* de nuestro trabajo, comprobar si existían diferencias significativas en el grado de *diferenciación del self* del adolescente en función del tipo de *estructura familiar* al que pertenecía, se aplicó un ANOVA de un factor. Al analizar los supuestos para el ANOVA unifactorial, los resultados obtenidos mediante los estadísticos de Kolmogorov-Smirnov y de Shapiro Wilk permitieron concluir que la variable *diferenciación del self* se distribuía normalmente en todos los tipos de estructura familiar: *Familia intacta* ( $Z$  de Kolmogorov-Smirnov= 0,043;  $gl=107$ ;  $p=0,200$ ); *Familia monoparental* (monoparentalidad ejercida por la madre) ( $W$  de Shapiro-Wilk= 0,981;  $gl=10$ ;  $p=0,968$ ); *Padres separados sin especificar* (mismo tiempo con madre que con padre) ( $W$  de Shapiro-Wilk = 0,932;  $gl=9$ ;  $p=0,497$ ); *Padres separados (mayor parte del tiempo con la madre)* ( $W$  de Shapiro-Wilk= 0,915;  $gl=13$ ;  $p=0,211$ ). Del mismo modo, se asumió homogeneidad de varianzas ( $L$  de Levene= 0,542;  $gl=3$ ;  $p=0,655$ ). Tras llevar a cabo el ANOVA unifactorial (ver Tabla 12), se estableció que no existían diferencias significativas de medias en los distintos tipos de estructura familiar ( $F=0,912$ ;  $gl=3$ ;  $p=0,437$ ).

**Tabla 12. ANOVA de un factor. Diferencias de medias en la variable *diferenciación del self* en función del tipo de *estructura familiar* de pertenencia del adolescente.**

	Suma de cuadrados	gl	Media cuadrática	F	Sig.
<b>Inter-grupos</b>	1658,988	3	552,996	0,912	0,437
<b>Intra-grupos</b>	81864,537	135	606,404		
<b>Total</b>	83523,525	138			

## DISCUSIÓN

El presente estudio evaluó la relación entre el grado de diferenciación del self alcanzado por el adolescente en su sistema familiar y el tipo de vínculo que caracterizaba la relación padre-hijo/a (hipótesis 1). La variable *diferenciación del self* fue tomada de la teoría de los sistemas familiares de Murray Bowen, una de las más centrales en la terapia familiar sistémica (Nichols & Schwartz, 2004) y esperábamos encontrar una relación positiva con el vínculo óptimo y negativa con los otros tres vínculos restantes (*control sin afecto*, *constricción cariñosa* y *vínculo débil/ausente*). Asimismo, se estudió en qué medida esta variable se relacionaba con algunos aspectos sociodemográficos como el sexo y la edad del adolescente (hipótesis 2 y 3), así como con el tipo de estructura familiar de pertenencia (hipótesis 4).

En primer lugar, los resultados confirmaron la primera y principal hipótesis de nuestro trabajo: el tipo de vínculo que el padre establecía con su hijo/a adolescente conllevaba diferencias en el grado de diferenciación del self que éste/a alcanzaba, si bien únicamente se encontraron diferencias significativas entre dos de los cuatro tipos de vínculo: *constricción cariñosa* (niveles más bajos de diferenciación) y *vínculo óptimo* (niveles más altos de diferenciación). Recordamos que el *vínculo óptimo* se caracterizaba por niveles altos de cuidado/afecto y bajos de sobreprotección, mientras que el tipo *constricción cariñosa* reflejaba niveles altos en ambas dimensiones. Además, se encontró que el vínculo con el padre explicaba en mayor medida el proceso de diferenciación del adolescente que el vínculo con la madre y que era, precisamente, la sobreprotección ejercida por el padre, el aspecto que más restringía la capacidad del adolescente para diferenciarse.

Añadimos a este respecto los resultados que apuntaban que los adolescentes percibían en mayor medida un vínculo óptimo con sus padres que con su madres, y que la figura materna

obtenía una mayor puntuación que la figura paterna en vínculos de alta sobreprotección (*constricción cariñosa y control sin afecto*).

El conjunto de estos resultados se puede considerar congruente con la posición de autores mencionados previamente que enfatizan la contribución del padre (incluso por encima de la contribución materna) como un factor esencial en el desarrollo de ciertos aspectos del proceso madurativo de sus hijos, especialmente en lo que conlleva alcanzar independencia y autonomía, así como una autorregulación emocional adecuada (Lamb, 1997; Shulman & Seiffge-Krenke, 1997; Cabrera et al., 2000; Flouri & Buchanan, 2003; Cookston & Finlay, 2006; Quaglia & Vicente, 2007). El padre es, en base a nuestros resultados, más capaz de contener la ansiedad del adolescente y más capaz de equilibrar su necesidad de ser autónomo y a la vez permanecer vinculado. Del mismo modo, nuestros resultados apoyan investigaciones previas que concluyen que la madre tiende a la sobreprotección en mayor medida que el padre y que esta actitud sobreprotectora de la madre contribuye a generar dependencia y dificultades en la tarea de diferenciarse (Schulman & Seiffge-Krenke, 1997; Wood, 2006; Edwards & Rapee, 2007; Hudson & Rapee, 2005). Cuando las madres continúan protegiendo en exceso a sus hijos durante la adolescencia, promueven en ellos un locus de control externo que en último término impide al adolescente crecer en autonomía e independencia (Muris, Meesters, Schouten, & Hoge, 2004).

Por este motivo, al analizar el vínculo con el padre, las diferencias encontradas en el nivel de diferenciación del self asociado al *vínculo óptimo* y a la *constricción cariñosa* nos resultan muy interesantes ya que en ambos vínculos se ejerce un alto cuidado/afecto (variable que promueve la alta diferenciación) pero sólo el padre que “constringe de forma cariñosa” a sus hijos es sobreprotector con ellos (variable que promueve la baja diferenciación). Esta observación refleja que cuando el padre tampoco fomenta la fuerza de individuación necesaria en la adolescencia (por mucho que sea una figura de afecto), los hijos presentan los niveles más bajos de diferenciación (o más altos de indiferenciación).

En segundo lugar, el contraste de las hipótesis que planteaban que el grado de diferenciación del self variaba en función de las variables sociodemográficas incluidas en nuestro estudio arrojó diversas conclusiones. Los resultados indicaron que ciertamente el grado de diferenciación alcanzado por chicos y chicas era significativamente distinto (hipótesis 2), siendo el sexo masculino el que alcanzaba un nivel de diferenciación más alto en la escala global (DSI-R). Cabe reflexionar sobre por qué motivo las diferencias no resultaron ser significativas cuando se comparaba a chicos y chicas en cada una de las subescalas, puesto que estudios anteriores (Kosek, 1998; Skowron & Schmitt, 2003) sí las habían hallado. Sin

embargo, no había diferencias significativas con respecto a la edad o a al tipo de estructura familiar al que perteneciese el adolescente.

En relación a los distintos niveles de diferenciación observados en base al sexo (hipótesis 2), sería oportuno atender a Carter & McGoldrick (1999) quienes “incorporan una perspectiva de género al trabajo intergeneracional partiendo de la idea de que los retos y los obstáculos para alcanzar un buen nivel de diferenciación son diferentes en mujeres y hombres” (Moreno & Lebrero, 2014, p.299). Estas autoras, en un cuestionamiento al carácter universal de la teoría boweniana, plantean que pese a que las circunstancias vitales que promueven o dificultan la diferenciación del self son únicas en cada individuo y familia, las expectativas asociadas a los roles de género en hombres y mujeres condicionan los aspectos en los que esa diferenciación se ve dificultada en cada grupo. Así, desde la infancia y durante la adolescencia, el camino para convertirse en hombre o mujer sigue vías de socialización diferentes. En el caso de las mujeres, la identidad femenina se configura en relación al cuidado de otros, por lo que su desarrollo se basa menos en la separación y más en la conexión emocional. En el caso de los hombres, la formación de la identidad se basa en la afirmación de la diferencia, lo que contribuye indudablemente a que se fomenten los logros y la imagen de autonomía y autosuficiencia y, en último término, la diferenciación (a costa precisamente de una menor conexión emocional consigo mismo y con los demás). (Moreno & Lebrero, 2014; Polo, 2014; Miller, Anderson, & Keala, 2004). En definitiva, encontramos evidencia que sugiere que esta distinta socialización es, a fin de cuentas, la que determina que la madre esté menos diferenciada de su familia de origen de lo que lo está el padre de la suya.

En este sentido, cabe reflexionar sobre las limitaciones que presenta la justificación teórica que sustenta nuestro trabajo. Deborah Leupnitz (1988) señala que Bowen, junto con otros hombres pioneros en la terapia familiar, presta demasiada atención a la contribución de la madre en el desarrollo de síntomas en sus hijos. Muestra de ello se puede encontrar si se echa un vistazo al índice del libro de Kerr y Bowen (1988) *Family evaluation* en el que los padres no aparecen mencionados como factor explicativo en ningún caso mientras que se hace referencia a las madres en relación a los niveles de diferenciación de los hijos o en relación a su rol en la formación de triángulos (Kerr & Bowen, 1988). Una sobreimplicación de la madre con sus hijos es vista como un indicio de indiferenciación. A diferencia de las actuales terapeutas feministas que trabajan con la Teoría de los Sistemas Familiares de Bowen, Murray Bowen no contextualiza adecuadamente el comportamiento materno. Su modelo no reconoce ni cuestiona los supuestos patriarcales acerca de los roles femenino y masculino ni la organización familiar, por lo que se potencia la vulnerabilidad de las mujeres a una patologización de su rol (socialmente prescrito). Las mujeres son sistemáticamente etiquetadas como

“sobrepreocupadas” (y en consecuencia, “sobreprotectoras”) y su rol relacional en la familia es muy fácilmente tachado de “fusionado” o “indiferenciado”. No hay un cuestionamiento de las normas sociales ni del hecho de que se eduque a las mujeres para la indiferenciación al imponerles que deben anteponer siempre las necesidades ajenas a las propias (Brown, 1999).

Complementariamente, Knudson-Martin (1996), en una revisión feminista de la teoría de Bowen, reconceptualiza el concepto de diferenciación del self propuesto por el autor (1976), pues considera que éste valora más la autonomía que la conexión emocional en su teoría, y otorga a la habilidad de mantener vínculos emocionales con otros un papel igualmente esencial en el tarea de diferenciarse. La autora plantea que la individualidad y la conexión son constructos diferentes y, por lo tanto, no han de verse como necesidades que rivalicen en polos opuestos de un mismo continuo. Esta redefinición señala, en primer lugar, que el nivel de diferenciación no es sinónimo de estar orientado hacia la conexión o hacia la individualidad, pues tanto una tendencia como la otra pueden ser saludables, por lo que los esfuerzos por incrementar la diferenciación han de hacerse en ambas dimensiones. Asimismo establece que el desarrollo de la individualidad no necesariamente precede o lleva automáticamente a la capacidad de vincularse. El desarrollo de una puede, sin embargo, influir en la otra.

Con respecto a las hipótesis que planteaban una asociación entre el nivel de diferenciación alcanzado por el adolescente y su edad (hipótesis 3) así como el tipo de estructura familiar al que pertenecía: intacta, padres separados o familia monoparental (hipótesis 4), no pudimos confirmar las hipótesis nulas en ninguno de los dos casos.

A nuestro parecer, si bien es cierto que cabría esperar que a mayor edad el nivel de diferenciación del adolescente aumentase, no se trabajó con un rango de edades suficientemente amplio (las edades iban comprendidas entre los 13 y los 17 años). A este respecto, podría ser más revelador comparar edades del finales de la adolescencia (18-19 años) con edades representativas de la primera edad adulta (25-28 años) (tal como hicieron Johnson, Berg, & Sirotzki, 2007). Además, nuestra muestra resultó ser poco homogénea en esta variable, pues de los 139 sujetos que la componían, casi la totalidad de ellos tenían 14, 15 o 16 años, y únicamente participaron dos sujetos de 13 años y otros dos de 17 (edades en las que podría apreciarse un mayor contraste en el nivel de diferenciación del adolescente si atendiésemos únicamente al factor *edad*). Es posible que si se homogeneizasen los distintos grupos de edad, entonces se hallaran diferencias significativas. También es importante considerar que el proceso de diferenciarse es una tarea progresiva, pero con oscilaciones (Espinár, 2009).

Lo mismo ocurre al analizar en qué medida el tipo de estructura familiar al que pertenece el adolescente está relacionado con el nivel de diferenciación que alcanza en su sistema familiar. Tampoco en este caso la muestra estuvo equilibrada (factor que pudo condicionar y sesgar los resultados): la frecuencia de familias intactas (107) superaba cuantiosamente a la frecuencia de familias monoparentales (10) o padres separados (20), por lo que en este sentido homogeneizar la muestra podría alterar nuestras observaciones. En nuestro estudio, esperábamos encontrar que el nivel de diferenciación alcanzado se viese favorecido por la existencia de una figura paterna, por lo que pensamos que tanto en el caso de las familias intactas como en el caso de los padres separados que distribuyen de igual manera el tiempo que pasan con sus hijos, la diferenciación de los adolescentes fuese mayor (en comparación con los adolescentes pertenecientes a familias monoparentales, cuya monoparentalidad ejercía en todos los casos la madre). Como se menciona, las limitaciones metodológicas pudieron ser uno de los inconvenientes para no encontrar diferencias significativas entre las distintas configuraciones familiares, pero resultan más explicativos estudios complementarios que concluyen que, por encima de todo, los efectos de la estructura familiar están mediados, en gran medida, por la calidad de las relaciones que mantienen los hijos con sus padres y por el clima familiar imperante (McFarlane, Bellissimo, & Norman, 1995; Espinar, 2009).

De cara a futuras investigaciones o incluso a réplicas de este mismo estudio, se aconseja comparar a sujetos de distintos contextos culturales y socioeconómicos y diseñar un cuestionario sociodemográfico que permita ampliar la información relativa al tipo de estructura familiar (familias reconstituidas, familias homoparentales, otra figura masculina de referencia e identificación en el caso de que el padre esté ausente, etc.). Del mismo modo, podría ser enriquecedor comparar a sujetos adolescentes con sujetos jóvenes en vías de emancipación.

Finalmente, resaltamos la implicación de nuestros resultados de cara al trabajo psicoterapéutico con familias con hijos adolescentes. En un momento en el que se requiere de flexibilizar las reglas y los límites para facilitar la progresiva diferenciación de los hijos, es necesario trabajar con los padres en que puedan adaptar la manera de dar afecto y de ejercer la protección y el control. En este sentido, consideramos importante no sólo atender al papel del padre en esta etapa del ciclo vital de los hijos, sino trabajar específicamente la aportación diferencial del vínculo con la figura paterna. Desde la terapia, se puede fomentar la complementariedad de roles, de manera que si la madre es más sobreprotectora, el padre pueda constituirse como una figura que fomente la autonomía emocional. Del mismo modo, se sugiere que las expresiones rebeldes del adolescente no sean entendidas como algo inherente a la adolescencia, sino más bien como un indicador de una baja diferenciación.

## Referencias bibliográficas

- Ainsworth, M.D.S., Blehar, M., Waters, E. y Walls, S. (1978). *Patterns of attachment*. Hillsdale, NJ.: Erlbaum.
- Alaedein, J. (2008). Is Bowen Theory Universal? Differentiation of Self among Jordanian Male and Female College Students and between them and A Sample of American Students through Bowen's Propositions. *Disarat, Educational Sciences*, 35 (2), 479-506.
- Amato, P.R. (1994). Father-child relations, mother-child relations, and offspring psychological well-being in early adulthood. *Journal of Marriage and the Family*, 56, 1031-1042.
- Ballús-Creus, C.(1991). Adaptación del Parental Bonding Instrument. Barcelona: Escuela Profesional de Psicología Clínica.
- Bartle-Haring, S. y Probst, D. (2004). A test of Bowen Theory: Emotional Reactivity and Psychological Distress in a clinical sample. *The American Journal of Family Therapy*, 32 (5), 419-435.
- Bowen, M. (1976). Theory in the practice of psychotherapy. En P.J. Guerin Jr. (Ed.), *Family therapy: Theory and practice* (pp.41-90) New York: Gardner Press.
- Bowen, M. (1978). *Family therapy in clinical practice*. New York: Aronson.
- Bowen, M. (1991). *De la familia al individuo. La diferenciación del sí mismo en el sistema familiar*. España: Paidós.
- Brown, J. (1999). Bowen Family Systems Theory and Practice: Illustration and Critique. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 20 (2), 94-103.
- Cabrera, N.J., Tamis-LeMonda, S., Bradley, R.H., Hofferth, S. y Lamb, M.E. (2000). Fatherhood in the twenty-first century. *Child Development*, 71, 127-136.
- Caprara, G.V.y Rutter, M. (1995). Individual development and social change. In M. Rutter, & D. Smith (Eds.), *Psychosocial disorders in young people* (pp.35-66). Chichester: Wiley.
- Carter, E. y McGoldrick, M. (1999). *The Expanded Family Life Cycle: Individual, Family, and Social Perspectives (third edition)*. Boston: Allyn and Bacon.
- Chung, H., y Gale, J. (2006). Comparing Self-differentiation and Psychological Well-being between Korean and European American Students. *Contemporary Family Therapy*, 28, 367-381.
- Collins, W.A. y Russell, G. (1991). Mother-child and father-child relationships in middle childhood and adolescence: A developmental analysis. *Developmental Review*, 11, 99-136.

Cookston, J.F. y Finlay, A.K. (2006). Father involvement and adolescent adjustment: Longitudinal findings from add health. *Fathering*, 4 (2), 137-158.

Doctors, S. (2013). Apego-Individuación: Cómo una revisión relacional del desarrollo psicológico clarifica la formación de síntomas en la adolescencia. *Revista electrónica de Psicoterapia*, 7 (3), 483-494.

Edwards, S.L. y Rapee, R.M. (2007). A longitudinal study examining a model predicting risk for anxiety symptoms in young children. *Poster presented at the 5<sup>th</sup> World Congress of Behavioural and Cognitive Therapies*. Barcelona. July.

Elieson, M.V. y Rubin, L.J. (2001). Differentiation of self and major depressive disorders: A test of Bowen Theory among clinical, traditional, and Internet Groups. *Family Journal*, 28, 125-142.

Engels, R., Iedema, J., Maassen, G. y Meeus, W. (2005). Separation-individuation revisited: on the interplay of parent-adolescent relations, identity and emotional adjustment in adolescence. *Journal of Adolescence*, 28, 89-106.

Espinar, I. (2009). Las rupturas familiares en la salud mental de los y las adolescentes. *Revista de Estudios de Juventud*, 84, 27-46.

Fagan, J. e Iglesias, A. (1999). Father involvement program effects on fathers, father figures, and their Head Start children: A quasi-experimental study. *Early Childhood Research Quarterly*, 14, 243-269.

Flouri, E. y Buchanan, A. (2000). What predicts good relationships with parents in adolescence and partners in adult life: Findings from the 1958 British birth cohort. *Journal of Family Psychology*, 16, 186-198.

Flouri, E. y Buchanan, A. (2002). Life satisfaction in teenage boys: The moderating role of father involvement and bullying. *Aggressive Behaviour*, 28, 126-133.

Flouri, E. y Buchanan, A. (2003). The role of father involvement in children's later mental health. *Journal of Adolescence*, 26, 63-78.

Friedman, E.H. (1991). Bowen theory and therapy. In A.S. Gurman & D.P. Kniskern (Eds). *Handbook of family therapy* (Vol.2,pp-134-170). Philadelphia, PA: Brunner/Mazel.

Gould, M.S., Shaffer, D., Fisher, P. y Garfinkel, R. (1997). Separation / divorce and child and adolescent completed suicide. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 37, 155-162.

Haber, J.E. (1993). A construct validity study of Differentiation of Self Scale. *Scholarly Inquiry for Nursing Practice: An International Journal*, 7, 165-178

Hill, J.P. y Holmbeck, G.N. (1986). Attachment and autonomy during adolescence. *Annals of Child Development*, 3, 145-189.

- Hudson, J.L. y Rapee, R.M. (2005). Parental perceptions of overprotection: Specific to anxious children or shared between siblings? *Behaviour Change*, 22 (3), 185-194.
- Hwang, C.P. y Lamb, M.E. (1997). Father involvement in Sweden: A longitudinal study of its stability and correlates. *International Journal of Behavioral Development*, 21, 621-632.
- Jankowski, P.J. y Hooper, L.M. (2012). Differentiation of self: A validation study of the Bowen theory construct. *Couple and Family Psychology: Research and Practice*, 13, 226-243.
- Jenkins, S.M., Buboltz Jr., W.C., Schwartz, J.P. y Johnson, P. (2005). Differentiation of self and psychosocial development. *Contemporary Family Therapy* 27, 251-261.
- Johnson, P. y Waldo, M. (1998). Integrating Minuchin's boundary continuum and Bowen differentiation scale: A curvilinear representation. *Contemporary Family Therapy*, 20, 403-413.
- Johnson, M.P., Berg, J.A., y Sirotzki, T. (2007). Differentiation in Self-perceived adulthood: Extending the confluence model of subjective age identity. *Social Psychology Quarterly*, 70 (3), 243-261.
- Kerr, M.E. (1984). Theoretical base for differentiation of self in one's family of origin. *Clinical Supervisor*, 2, 3-36.
- Kerr, M.E. y Bowen, M. (1988). *Family evaluation*. New York: Norton.
- Kim-Appel, D., Apple, J., Newman, I. y Parr, P. (2007). Testing the effectiveness of Bowen's concept of differentiation in predicting psychological distress in individuals age 62 years or older. *The Family Journal*, 15, 224-233.
- Knudson-Martin, C. (1996). Differentiation and Self Development in the Relationship Context. *The Family Journal*, 4, 188-198
- Kosek, R.B. (1998). Self-Differentiation within couples. *Psychological Reports*, 83, 275-279.
- Lamb, M.E. (1997). *The role of the father in child development*. New York: Wiley.
- Leupnitz, D.A. (1988). *The Family Interpreted: Feminist Theory in Clinical Practice*. New York: Basic Books.
- López, M. (2014). El ciclo vital familiar. En Moreno, A (Ed.) *Manual de Terapia Sistémica. Principios y herramientas de intervención* (pp.63-97). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Maynard, S. (1997). Growing up in an alcoholic family system: The effect on anxiety and Differentiation of self. *Journal of Substance Abuse*, 9, 161-170.
- McFarlane, A.H., Bellissimo, A. y Norman, G.R. (1995). Family structure, family functioning and adolescent well-being: the transcendent influence of parental style. *Journal of Children Psychology and Psychiatry*, 36 (5), 847-864.

- Miller, R.B., Anderson, S. y Keala, D.K. (2004). Is Bowen theory valid? A review of basic research. *Journal of Marital and Family Therapy*, 20, 453-466.
- Moreno, A. y Lebrero, A. (2014). Terapia transgeneracional. En A. Moreno (Ed.), *Manual de Terapia Sistémica: Principios y herramientas de intervención* (pp.297-335). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Muris, P., Meesters, C., Schouten, E. y Hoge, E. (2004). Effects of perceived control on relationship between perceived parental rearing behaviours and symptoms of anxiety and depression in nonclinical preadolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 33 (1), 51-58.
- Nichols, M.P. y Schwartz, R.C., (2004). *Family therapy: concepts and methods*. Boston: Pearson.
- Parker, G., Tupling, H. y Brown, L.B. (1979) A Parental Bonding Instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- Peleg, O. (2005). The relation between Differentiation and Social Anxiety: What can be learned from students and their parents? *The American Journal of Family Therapy*, 33, 167-183.
- Polo, C. (2014). La perspectiva de género en terapia familiar sistémica. En A. Moreno (Ed.), *Manual de Terapia Sistémica: Principios y herramientas de intervención* (pp. 99-132). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Quaglia, R. y Vicente, F. (2007). El papel del padre en el desarrollo del niño. *INFAD. Revista de Psicología*, 2, 167-182.
- Rodríguez-González, M., Skowron, E.A. y Jodar, R. (in press). Adaptación al castellano del Differentiation of Self Inventory-Revised.
- Sandford, M., Szatmari, P., Spinner, M., Munroe-Blum, H., Jamieson, E., Walsh, C. y Jones, D. (1995). Predicting the one-year course of adolescent major depression. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34, 1618-1628.
- Shulman, S. y Seiffge-Krenke, I. (1997) *Fathers and adolescents: Developmental and Clinical Perspectives*. London: Routledge.
- Skowron, E.A. y Friedlander, M.L. (1998). The Differentiation of Self Inventory: Development and initial validation. *Journal of Counseling Psychology*, 45 (3), 235-246.
- Skowron, E.A. y Schmitt, T.A. (2003). Assessing interpersonal fusion: Reliability and validity of a new DSI fusion with others subscale. *Journal of Marital and Family Therapy*, 29 (2), 209-222.
- Skowron, E.A. y Knauth, D.G. (2004). Psychometric Evaluation of the Differentiation of Self Inventory for Adolescents. *Nursing Research*, 53(3), 163-171.
- Skowron, E.A., Stanley, K.L. y Shapiro, M.D. (2009). A longitudinal perspective on differentiation of self, interpersonal and psychological well-being in young adulthood. *Contemporary Family Therapy*, 31, 3-18.

Vargas, J., Ibañez, E.J. y Tamayo, C. (2013). Inventario de diferenciación: Réplica del instrumento de Skowron y Friedlander. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 16 (2), 558-591.

Velázquez, Y. y Garduño, L.F. (2011). Relación entre la Diferenciación del Self y el Bienestar Subjetivo en jóvenes mexicanos. *Psicología Iberoamericana*, 19 (2), 9-16.

Venegas, G., Barbosa, A., Alfonso, M., Delgado, L. y Gutiérrez, J. (2012). Familias monoparentales con hijos adolescentes y psicoterapia sistémica: una experiencia de intervención e investigación. *Revista Vanguardia Psicológica*, 2 (2), 203-215.

Wood, J.J. (2006). Parental intrusiveness and children's separation anxiety in a clinical sample. *Child Psychiatry & Human Development*, 37, 73-87.

Yongman, M. W., Kindlon, D. y Earls, F. (1995). Father involvement and cognitive/behavioral outcomes of preterm infants. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34, 58-66.